

# Ursúa en «El Dorado»

## «El Dorado», ¿móvil o pretexto para la expedición de Ursúa?

**P**ocos años después de que en 1542 Francisco de Orellana concluyera su viaje exploratorio a lo largo de todo el curso del río Amazonas, tuvo lugar otro por el mismo itinerario, aunque en sentido inverso, pues partiendo de las inmediaciones de la desembocadura llegará hasta el Perú. Fue el efectuado, junto a dos portugueses, por un elevado número de indígenas procedentes de la costa brasileña, motivo por el que serían denominados «brasiles» por parte de los españoles

Evidentemente, ellos no contaron con un cronista, como fue Fray Gaspar de Carvajal en el caso de Orellana, que dejase constancia de sus peripecias, pero quienes sobrevivieron a las enormes fatigas y peligros relataron toda clase de prodigios y maravillas de su aventura; narraciones que sirvieron para avivar, aún más, la ya de por sí desbordante imaginación de los españoles residentes en el Perú, por lo que resulta fácil comprender la rapidez con la que surgieron los deseos de explorar nuevas tierras en busca del mítico «Dorado», o del «otro Perú», como inicialmente se le denominó.

Los primeros informes sobre esta expedición indígena los facilita el bachiller Francisco Vázquez, uno de los soldados que integraron el grupo expedicionario de Pedro Ursúa y autor de la que pasa por ser la *Relación* más detallada del viaje que conocería la sublevación de Aguirre:

Esta noticia que hemos dicho de estas provincias se tuvo y la dieron el Capitán Orellana y los que con él vinieron desde el Perú por el río Marañón abajo, donde decían que estaban las dichas provincias y también habían dado la propia razón ciertos indios brasiles que habían venido desde sus tierras por este río Marañón arriba, descubriendo y conquistando hasta que llegaron al Perú el tiempo que presidía el licenciado Gasca. [...]

Estos indios brasiles contaron grandes cosas del río y de las provincias a él comarcanas, especialmente de la provincia de Amagua, así de la muchedumbre de natura-

les y riqueza que en ella había, por la cual pusieron deseo a muchas personas de las ir a ver y a descubrir.»<sup>1</sup>

Consiguientemente, a los mitos y leyendas ya divulgados, como era el de las *amazonas*, del que el padre Carvajal<sup>2</sup> nos dice que ya era conocido en Quito, hay que unir ahora, no sólo lo que contaran los sobrevivientes de la expedición de Orellana, sino también las informaciones de estos indios brasiles. Y a la imaginación de los indígenas hay que añadir la de los españoles, acostumbrados ya a ver convertirse en realidad las fantasías más absolutas e inimaginables.

En definitiva, nos hallamos ante la prosecución del mito del Dorado, que ya fuera recogida por Fernández de Oviedo<sup>3</sup>, unido a ciertas costumbres de algunos pueblos, como era el caso de los chibchas, de arrojar, a manera de ofrenda, tesoros al fondo de una laguna, creencia que en lo concerniente al Nuevo Reino de Granada se centraba en las de Guatavita y Siecha.

Si a ello unimos los confusos rumores divulgados en torno a las «casas del sol», y el descubrimiento de alguna como la de Sogamoso, en el bello departamento colombiano de Boyacá, o los inspirados por el imperio de Omagua, en tierras de la actual Venezuela, queda claro que el tema sería sentido como cada vez más próximo.

A él dedica Juan Gil el tomo tercero de su magistral y conocida obra *Mitos y utopías del Descubrimiento*<sup>4</sup>, cuya agradable lectura resulta imprescindible para el conocimiento de lo que representaron y en qué consistieron las expediciones doradistas, intensificadas a partir del descubrimiento del Perú.

Leyenda y realidad, por lo tanto, no parecían encontrarse muy distantes y a ello parecían contribuir las inquietudes despertadas por diversas expediciones, como la de Felipe von Hutten, quien en 1541, desde la costa venezolana de la Burburata recorrió Barquisimeto y los Llanos hasta el Guaviare y Omagua, a cuyo regreso muere en Tocuyo asesinado por Juan de Carvajal.

Quienes sobrevivieron a esta jornada debieron contar, en confusa mezclanza de fantasía y recuerdos, la existencia de unas fabulosas riquezas, más imaginadas que vistas.

Lo curioso del caso es que la localización a fines del siglo XVII del emporio minero que dio lugar al nacimiento del estado brasileño de Minas Geraes, parecía venir a dar la razón, aunque ya tarde, a quienes creyeron en la existencia del Dorado, siglo y medio antes:

Los caballeros del Dorado no eran ningunos soñadores a la caza de quimeras. Tenían motivos sobrados para suponer cierta la existencia de una región copiosa de riquezas, ésta, quizá más rica de la que soñaron existía y se encontró. Así pues, los que peregrinaron años y años tras ella no eran ilusos sino en los detalles que añadían al Dorado, ciudades, lagunas, príncipes, etc.<sup>5</sup>

<sup>1</sup> Francisco Vázquez: «Relación de todo lo que sucedió en la jornada de Omagua y Dorado...», en *El Dorado: crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre*, ed. de Javier Ortiz de la Tabla, Madrid, Alianza, 1987, pp. 49-50.

<sup>2</sup> Fray Gaspar de Carvajal: Relación, en *La aventura del Amazonas*, ed. de Rafael Díaz, *Cerónicas de América*, Madrid, Historia 16, 1986, p. 87.

<sup>3</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias*, ed. y est. de Juan Pérez de Tudela Bueso, BAE, Libro XLIX, cap. II, Madrid, Atlas, 1959.

<sup>4</sup> Juan Gil: *Mitos y utopías del Descubrimiento*, Madrid, Alianza, 1989.

<sup>5</sup> Emiliano Jos: *La expedición de Ursúa al Dorado, la rebelión de Lope de Aguirre y el itinerario de los «marañones»*, según documentos del Archivo de Indias y varios manuscritos inéditos, *Huesca, Talleres Gráficos Editorial V. Campo*, 1927, p. 58.

Y si consideramos que en pleno siglo XIX hubo un intento por desecar la laguna de Guatavita para recuperar las inmensas riquezas supuestamente albergadas en su seno, hemos de reconocer que no nos hallamos ante simples e ingenuas mentalidades holladas por leyendas medievales.

Tampoco se trataba de una quimera producida tan sólo por la ilusión de los españoles, avaros de tesoros, sino que la fe en ella hizo latir los corazones de media Europa. De hecho, la existencia de las Guayanas se debe al interés despertado en Francia, Inglaterra y Holanda por la utopía del Dorado, reavivada en las últimas décadas del siglo XVI por Antonio de Berrío, casado con una sobrina de Gonzalo Jiménez de Quesada, a quien heredó, y cuya fortuna gastó en exploraciones por la cuenca del Orinoco y por la región de los Llanos. Cuando llegó a las Indias poseía ya una rica experiencia militar adquirida en Africa y en la mayor parte de Europa, lo que no parece indicarnos que se tratase precisamente de un ingenuo, aunque ello no le impidió obsesionarse por la búsqueda y descubrimiento del Dorado, idea a la que dedicó el resto de su vida, hasta su muerte, ocurrida en 1597. A partir de entonces, su hijo don Fernando todavía se hará cargo de la empresa.

Walter Raleigh conoció alguno de los relatos de Berrío y atraído por ellos salió de Plymouth en 1595 con una flota de cinco barcos. Después de tocar en Trinidad, arribado a Venezuela, siguió el curso del Orinoco y se provisionó de un mineral que resultó ser cobre, aunque no por ello dejó de afirmar a su regreso a Inglaterra haber descubierto el mítico imperio, en las páginas de *El descubrimiento del bello, rico y vasto imperio de Guayana*, obra que de inmediato conoció traducciones a las diversas lenguas europeas, con lo que se avivaron aún más las imaginaciones. Por supuesto que la fortuna que llegó a poseer Raleigh no se la proporcionaron sus viajes por las cuencas orinoca y amazónica, sino sus actividades piratas por el Caribe.

Por cierto que Holanda no permaneció ajena a estas expediciones y organizó viajes tras sus huellas. Otro inglés, Charles Leight, fundó una colonia en los límites de Venezuela con Guayana. Por su parte, Enrique IV de Francia también se dejó tentar por este mito y todavía en 1602 encargó al gobernador de Rennes, René de Montbarrot, la exploración de la Guayana, siendo a Daniel de La Ravardière a quien se debe el establecimiento francés en este territorio<sup>6</sup>.

Y todo esto ocurría medio siglo después de la fracasada aventura de Pedro de Ursúa, a quien es evidente que debieron llegar los relatos de los compañeros de Hutten, de los *amazonautas* de Orellana, las de los indios brasileños, etc.

No es de extrañar, por lo tanto, que una expedición a la búsqueda del Dorado ofreciese tantos y tales atractivos a los españoles que sin haber alcanzado fortuna deambulaban por el Perú a finales de la década de los

<sup>6</sup> Augusto Thomazi: *Las flotas del oro, Torre de la Botica, San Lorenzo del Escorial*, Swan, 1985, pp. 159-64.

cincuenta, pues no en vano, ya en la rebelión de Francisco Hernández una de las actividades que se solicitaban era la de organizar exploraciones, como se pone de manifiesto en el *acta* que se suscribe «en la ciudad de Sant Juan de la Frontera de Guamanga, destos reinos del Perú, a tres días del mes de Diciembre, año del Señor de mil y quinientos y cincuenta y tres años...» y en donde leemos:

Otrosí suplica esta ciudad, vecinos y soldados, que pues es notorio que en ella hay tantos soldados, caballeros, hijosdalgo, que han servido a Su Majestad y en este reino al presente lo que Vuestra Alteza tiene que proveer de repartimientos es poco, sea servido de dar entradas donde los dichos soldados y caballeros que suieren puedan ir a descubrir e conquistar...<sup>7</sup>

A comienzos de 1559 el virrey del Perú, marqués de Cañete, nombra gobernador del río Marañón y de los territorios con él colindantes, a Pedro de Ursúa, a quien faculta para la expedición, descubrimiento y poblamiento de esas «ricas provincias».

Procedente de Navarra, se trataba de un verdadero experto en cuestiones americanas, pues ya por esas fechas había fundado en el departamento del Norte de Santander, en la actual Colombia, las ciudades de Pamplona y de Tudela (esta última desaparecida poco después); había sometido a los indios rebeldes en Santa Marta; sojuzgó un alzamiento en Muzo; redujo a los negros cimarrones sublevados en Panamá, etc. Y, así, desde Nombre de Dios, se dirigió al Perú, en donde al poco tiempo de llegar recibiría el encargo del virrey en lo concerniente a la empresa del Dorado.

A cuanto acabamos de apuntar conviene añadir que la expedición se preparó con gran despliegue propagandístico y con inusual abundancia de medios:

Luego, como se apregonaron sus provisiones [las del Gobernador Ursúa], nombró capitanes y dio poderes para recoger la gente necesaria, y salió de la ciudad de los Reyes con 25 hombres, todos oficiales de carpinteros y calafates, y 12 negros aserradores con muchas sierras y herramientas y clavazón, brea y otras cosas necesarias para hacer algunos bergantines y barcas chatas para la navegación y descubrimiento del río<sup>8</sup>.

Tras un minucioso estudio del terreno se escogió el lugar que se consideraba más adecuado para la construcción de las embarcaciones y se instaló el astillero en las inmediaciones del pueblo de Santa Cruz de Capocovar, junto al río Huallaga, y, desde allí, Ursúa regresa a Lima a concluir los preparativos del viaje.

Existe, por lo tanto, verdadera programación de la campaña, favorecida por la máxima autoridad del Perú, para quien Ursúa era merecedor de toda confianza, como pone de manifiesto en la carta que el 25 de octubre

<sup>7</sup> Diego Fernández: Historia del Perú, edic. de Juan Pérez de Tudela Bueso, BAE, v. 164, Madrid, Atlas, 1963, pp. 348-49.

<sup>8</sup> Toribio de Ortiueira: Jornada del río Marañón, est. prel. de Mario Hernández Sánchez-Barba, BAE, v. 216, Madrid, Atlas, 1968, p. 223.